

en la corte danesa produjo aquella noticia y dice que el rey no encontraba palabras con que expresar la amistad que profesaba á la emperatriz y el placer que le causaba el no tener que hacer armas contra los rusos, á quienes estimaba y cuyo valor había tenido ocasion de apreciar cuando la guerra contra Prusia. Korff añade que no solo la corte sino el pueblo todo de Dinamarca, hasta el último labrador, consideraban como un favor de la suerte el cambio de gobierno ocurrido en Rusia.

El gobierno dinamarqués pudo observar que la voluntad y los intentos de Catalina iban siendo mas moderados, á medida que disminuían las pretensiones de Dinamarca. El rey de esta nacion creía que como duque de Holstein podría pretender el derecho de tutela sobre el gran duque Pablo y se había proporcionado para ello ciertas alianzas, como la que firmó con el rey de Suecia. Catalina se puso en guardia y en una carta autógrafa dirigida al Colegio de negocios extranjeros manifestó cuán vanas eran las pretensiones del rey de Dinamarca y exigió que las tropas dinamarquesas se retiraran del Holstein.

CAPÍTULO II

RELACIONES CON POLONIA HASTA 1768

Curlandia.—Polonia en 1762.—Planes de reparticion.—Eleccion de rey.—Temores en la Europa occidental.—Medidas radicales adoptadas por Catalina.—Feliz éxito de la política rusa.—Cuestion de los disidentes.—Oposicion entre Federico y Catalina.—Preponderancia de Rusia en Polonia.

También en los primeros tiempos de su reinado, gustaba Catalina de hacer patente el poder y la consideracion de Rusia; así es que en sus conversaciones con los embajadores extranjeros hablaba de la grandeza de su imperio, y de los innumerables medios de que podía disponer (2).

Y estas no eran simples palabras: la emperatriz tenía la firme convicción de que estaba llamada á hacer valer el peso de la política rusa en la balanza de las cuestiones generales europeas. Catalina no se contentaba con hablar, sino que estaba decidida á obrar. La enérgica conducta que respecto de Polonia observó á raíz de su advenimiento al trono estaba de acuerdo en cierto modo con sus deseos de paz, pues sin necesidad de provocar una guerra podía poner á Polonia y á Curlandia bajo la dependencia de Rusia; y en cambio para hacer alguna conquista á costa de los turcos era precisa una lucha armada. Con sus vecinos del Oeste podía conseguir su objeto por las vías diplomáticas, y por medio de demostraciones militares y de reglas de policía. Así, pues, principió el ejercicio de su poder como soberana altanera y dominadora; sin consideracion alguna y con gran severidad cuando se trataba de salvar los intereses rusos, no reconocía ningun derecho y siguió el consejo de Maquiavelo de mostrar «una crueldad hábilmente ejercida.» Tal se había mostrado muchos años antes con gran éxito Pedro el Grande á

(1) Ssolowieff, XXV, 201-203. Los documentos relativos á esta cuestion se encuentran en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 163-168.

(2) Despacho de Breteuil en *La Corte de Rusia hace cien años*, pág. 225.

El gobierno dinamarqués consintió en todo, declarando Bernstorff al embajador ruso que el rey de Dinamarca, con su proposicion, solo había querido expresar sus sentimientos de amistad hácia la emperatriz y su hijo y que estaba dispuesto á renunciar á sus pretensiones al gobierno del Holstein (1).

Tales fueron los primeros progresos que hizo Catalina en la esfera de la política exterior. El sesgo que tomaran las relaciones entre Rusia y Prusia debía tener gran influencia en la historia de Europa. En vano los enemigos del rey prusiano procuraron impedir que Catalina llegara á un acuerdo con él; en vano se había esperado que Rusia intimaría con el Austria; pues, aun cuando en los primeros tiempos del reinado de Catalina, sus relaciones con Federico estuvieron sujetas á ciertas oscilaciones, pronto se vió que entre ambos existía comunidad de intereses. La cuestion de Polonia estaba pendiente, y Prusia y Rusia se pusieron de acuerdo para resolverla.

sus amigos y enemigos, á sus aliados y casi vasallos. Cuando se trataba de la preponderancia de Rusia, no podía haber colision de deberes: no se guardaba miramiento alguno á los demás; para llegar al fin propuesto no se perdonaba medio alguno, pareciendo ya lo suficiente observar ciertas formas en el trato con las grandes potencias y cuidarse solo de las cortes de igual categoria. A los débiles se les podía tratar de cualquier modo cuando estaban en juego los intereses de Rusia. De aquí que la política rusa, como tantas otras, entre ellas la prusiana, no retrocediera ante la necesidad de usar medios violentos y aun brutales. Aquella era una verdadera lucha por la existencia, de esas que tan á menudo se nos ofrecen antes y despues en la escena política. El emitir un juicio sobre la moralidad de estos hechos internacionales ofrece mayores dificultades que el simple exámen de la fuerza de voluntad en ellos empleada, del amor al trabajo (de que tan pocos ejemplos se nos ofrecen), del golpe de vista político, de las disposiciones para la combinacion diplomática y del talento para los detalles de los asuntos.

Curlandia

Catalina no podía estrenar su reinado en el terreno de la política agresiva de un modo mas brillante que interviniendo en las cuestiones de Curlandia, intervencion que debía ser el preludio para la reparticion de Polonia.

Ya en tiempo de Pedro I se había intentado convertir en una dependencia rusa el ducado de Curlandia que estaba bajo la soberanía de Polonia. Biron, que ya en tiempo de Ana había conseguido ocupar el primer puesto cerca de la

emperatriz, fué investido de la dignidad de duque de Curlandia y con esta investidura vino á robustecerse la influencia rusa en aquel país. Pero el duque fué luego derribado del poder y desterrado á Siberia, y aunque pudo cambiar su residencia de Pelym por la de Jarossloff, quedó imposibilitado de conservar su soberanía nominal en Curlandia. En 1758, el rey Augusto III de Polonia, con asentimiento de la emperatriz Isabel, logró hacer nombrar duque de Curlandia á su hijo Carlos. La hija de Pedro el Grande, al consentir en esto, rompió con las tradiciones de la política rusa.

Es interesante conocer el juicio que Catalina, siendo todavía gran duquesa, emitió sobre estos hechos. En sus memorias dietarias fechadas en los últimos tiempos del reinado de Isabel, encontramos la siguiente serie de aforismos referentes á Curlandia:

«Se dice que en todas las cuestiones ó han de seguirse los principios de justicia ó ha de tenerse por guia el interés. Por lo que á Curlandia se refiere, hubiera sido justo dar á los hijos de Biron lo que Dios y la naturaleza (sic) les habían otorgado; y si se hubiese querido seguir lo que el interés dictaba se hubiera debido (contra derecho, lo sé) retener la Curlandia, sustraerla por completo á la soberanía polaca y agregarla á Rusia. Con arreglo á estas consideraciones el no reconocer que toda otra solucion sería inútil, es dar muestras de completa ineptitud y no conseguir ventaja alguna, pues se entrega la Curlandia al príncipe Carlos de Sajonia y se robustece de esta manera la influencia del rey de Polonia, el cual siguiendo el ejemplo de su padre, procura limitar la libertad de su República. Si las cosas llegan á este punto, el rey conseguirá un triunfo con el auxilio de Francia y gracias á la indiferencia del partido liberal de Rusia. Y yo pregunto si le conviene mas á esta un vecino déspota que la anarquía en que se encuentra Polonia y que nos deja en plena libertad de accion para todo (1). Pedro I fué mas sabio cuando apoyó á los liberales de Polonia y declaró que combatiría toda limitacion que á la libertad quisiera ponerse. Desde el momento en que uno se decide á ser injusto, es preciso, por lo menos, dejarse guiar por algun interés; pero en la cuestion de Polonia, cuanto mas la considero, menos talento y habilidad veo en el modo de conducirla (2).»

Al leer esto, parece estar oyendo argumentar al autor de *El Príncipe*. La gran duquesa podía vacilar entre los principios de justicia y los de la conveniencia; pero la emperatriz se dejaba guiar fácilmente tan solo por los de una política interesada. Catalina opinaba que la fuerza y el éxito podían desprestigiar las calificaciones de culpabilidad y procedía conforme á las palabras de Goethe, segun las cuales podía observarse una conducta de mala fe, siempre que la intencion fuese buena. Como gran duquesa, podía Catalina estudiar, en cierto modo teóricamente, tales cuestiones y ocuparse en examinar tranquilamente los motivos de uno ú otro procedimiento político; pero una vez en el trono, debía hacerse rápida y simultáneamente cargo de la realidad de los hechos y entrar de lleno en su combinacion, pues no se trataba de estudiar puntos históricos ideales, ni móviles de conducta, sino de proceder con eficacia. Lo principal para ella era el querer y poder á la vez: es decir, el éxito.

De aquí que la opinion y la situacion de Rusia tuviesen influencia en las cuestiones que se referían á Curlandia. Pedro III había pensado ya en conferir la dignidad ducal á su tío Jorge de Holstein, y en este sentido, debía el embajador ruso en Mitau, Simolin, influir contra Carlos de Sajonia y en pro de la libertad de la nobleza electora. Este acuerdo

(1) *Dont nous disposons à notre gré.*
(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica.*

había tenido su expresion en el tratado firmado entre Pedro III y Federico el Grande; pero su realizacion no se verificó hasta el verano de 1762, á causa de la revolucion rusa. La cuestion era saber si la dominacion de Jorge de Holstein en Curlandia sería siempre favorable á Rusia (3).

Catalina estaba dispuesta á considerar la cuestion de muy distinto modo.

Apenas elevada al trono, procedió con Polonia segun su sola voluntad, reteniendo en San Petersburgo al conde Keyserlingk, nombrado ya embajador ruso en Varsovia en tiempo de Pedro III, para conferenciar con él acerca de la conducta que debía seguirse con el vecino reino. En Varsovia estaba entre tanto como plenipotenciario Rshitschewsky, á quien la emperatriz excitó á observar una conducta enérgica enviándole instrucciones escritas de su propio puño. «Veo, escribía entre otras cosas, que Rshitschewsky es muy querido del conde Brühl; pero yo quiero que proceda no segun sus propias inclinaciones, sino conforme á mis mandatos.»

Rshitschewsky recibió el encargo de intimar á la corte de Polonia la resolucion de la emperatriz de restituir á Biron la dignidad ducal. Era, sin embargo, de esperar, decíase en las instrucciones al plenipotenciario ruso, que el padre (Augusto III) sintiera en el alma la expulsion de Curlandia de su hijo (Carlos), siendo por lo mismo preciso consolarle con la promesa de que la emperatriz haría que Prusia le indemnizase de las pérdidas sufridas durante la guerra. Para el príncipe Carlos se procuraría encontrar algun equivalente de la Curlandia, como un obispado secularizado ó cualquiera otra adquisicion, por ejemplo el obispado de Münster ó la ciudad de Erfurt, á cambio de la cual se ofrecería otra cosa al obispo de Maguncia, etc.

Cuando el rey Augusto III expresó el deseo de que Biron se dirigiera á él por medio de una peticion, en la cual se formularan sus exigencias, contestósele que era innecesario que el duque pidiera lo que de derecho le correspondía. Rshitschewsky decía que este asunto producía una impresion fatal en toda la Polonia y que á consecuencia de la agitacion, la salud del rey se encontraba sumamente quebrantada.

El rey esperaba que la Dieta de Polonia sabría evitar el triunfo de Biron; pero Catalina dispuso que Rshitschewsky, auxiliado por el partido ruso, hiciera cuanto en su mano estuviera para arrojar de la Dieta á la familia Czartoryski, lo cual no fué difícil dada la anarquía que en aquella desdichada República reinaba. Ningun éxito tuvieron las gestiones practicadas por el embajador austriaco en Polonia, para ejercer alguna influencia en pro del príncipe Carlos, ni la amenaza de Brühl de que en el próximo congreso todas las potencias se pondrían de parte del hijo del rey de Polonia.

Catalina estaba exasperada y escribía á su canciller Woronzoff: «Decid á Brühl que, si consigue una cosa contraria á mis deseos en la cuestion de Curlandia, dejaré de influir en el ánimo del rey de Prusia en pro de Sajonia; sostendré, por el contrario, á todos los enemigos que esta tiene en Polonia y no cejaré hasta haberle arrojado á él de su país.» Catalina manifestó expresamente el deseo de que esta amenaza llegara á oídos del diplomático sajón, Prasse (4).

En la cuestion de Curlandia podía mostrarse tanta mayor energía, cuanto que el conde Keyserlingk, entre tanto, había penetrado en Varsovia y comenzado á influir en Polonia, con

(3) Acerca de la política de Pedro III respecto de Curlandia, véase el trabajo de Schchebalsky *La cuestion del ducado de Curlandia, en tiempo de Pedro III* en el *Archivo de Russky*, 1866, págs. 284-304.

(4) Catalina odiaba á Prasse: véanse las *Investigaciones para la historia alemana*, IX, 8.

toda la energía de un hábil y experto diplomático, en pro de los intereses de Rusia.

El embajador ruso en Mitau, Simolin, recibió el encargo de trabajar con empeño para conseguir la caída de Carlos y el restablecimiento de Biron. Cuando Carlos declaró que no reconocía como embajador ruso á Simolin, la contestacion fué presentarse, procedente de Riga, un batallón de tropas rusas, bajo el pretexto de evitar los disturbios que ocurrir pudieran; y además de estas tropas de Riga que acudieron á Curlandia, se presentaron otras en Polonia procedentes del ejército ruso que había en Prusia. Simolin trabajó con éxito para conseguir que los representantes de los Estados en Curlandia se mostrasen favorables á Biron, y pudo, muy pronto, participar á la emperatriz que la nobleza y la clase media deseaban su regreso. A mediados de diciembre, Simolin, en nombre de la emperatriz, aconsejó al príncipe Carlos que saliera de Mitau, á lo cual contestó el príncipe que él nada podía hacer sin previa orden de su soberano y padre, el rey de Polonia. A fines de diciembre estuvo, aunque poco tiempo, en Mitau, Biron, y recibió el homenaje de 200 nobles que pasaron á saludarle. En enero tuvo efecto la entrada solemne de Biron en la capital de Curlandia, cuando Carlos estaba todavía en posesion del palacio, de suerte que el nuevo duque tuvo que alojarse en una casa particular.

De nada sirvió que algunos comisarios polacos se mostrasen sorprendidos de la arbitraria conducta seguida por la emperatriz en Curlandia; que hablasen de «un tal Biron,» recién llegado á Mitau, y que preguntasen con qué objeto permanecían en la ciudad tantos soldados rusos, etc.: la verdad era que Simolin tenía en sus manos el poder, y á pesar de todas las protestas, sostuvo la soberanía de Biron (1).

La emperatriz se portó, en esta cuestión, con energía y sin guardar consideracion alguna. En 27 de marzo de 1763, escribía á Woronzoff: «Invita á los delegados curlandeses á una entrevista y conferenciad con ellos acerca del modo de obligar al príncipe Carlos á salir de Mitau. Según las recientes comunicaciones de Keyserlingk, no se hará esto esperar mucho tiempo. Conmigo no se quiere guardar consideracion alguna, y se cree poder hacerme la forzosa; pero no comprendo qué esperan, si apelo á la violencia. Por mí no ha de quedar, y como en Polonia se dice que desde aquí no puedo enviar tropas por temor de que estalle una sublevacion en Rusia, preciso será mostrar ahora á esa gente quiénes somos (2).»

Los rumores acerca de la inseguridad de las cosas en Rusia, rumores que se propalaban desde el advenimiento de Catalina al trono (3), irritaban á la emperatriz, la cual quería demostrar á sus enemigos que nada tenía que temer. De aquí que se empeñara y consiguiera alejar de Mitau al príncipe Carlos, el cual salió de la ciudad el 16 de abril, fecha en que Simolin ocupó el palacio. Cuando el rey de Polonia hizo ademán de querer apoyar á su hijo por medio de las armas, Catalina mandó á decir al conde Keyserlingk, por conducto de Woronzoff, que no toleraría la reunion de tropas en las inmediaciones de Curlandia y de Livonia; y que, para el caso de que tales operaciones militares tendieran á molestar á Biron, debía advertir que, según la Constitucion polaca, el rey no podía tomar resolucion alguna respecto del ejército, sin obtener el previo asentimiento de la Dieta: que

(1) Ssolowieff, XXV, 64, 210-212, 220-223, 300.

(2) *Archivo del príncipe Woronzoff*, VII, 647-648.

(3) Véase, por ejemplo, el despacho de Benoit desde Varsovia, en los resúmenes de Hänsser en las *Investigaciones para la historia alemana*, IX, 8.

la Rusia había garantizado la existencia de la Constitucion y que ésta sería respetada y el príncipe Ernesto Juan protegido contra toda iniquidad. Cuando acudió á Moscou Borck, como plenipotenciario, para conferenciar, en nombre del rey de Polonia, con el gobierno ruso acerca de la cuestion de Curlandia, no pudo conseguir ser presentado á la emperatriz; ni el canceller, ni el vice-canciller quisieron recibirle, diciendo que ninguna relacion diplomática existía entre el rey de Polonia, como tal, y la emperatriz, mientras no se reconociera en Polonia el título imperial de Rusia. Catalina se contentó con enviar á decir al diplomático polaco que estaba admirada de la obcecacion del rey que, por amor á su hijo, despreciaba la justicia; que consideraba incompatible con su dignidad «tratar en cierto modo como abogado» de aquella cuestion; y que estaba decidida «con los medios que Dios había puesto en sus manos á sostener la obra comenzada (4).»

Al año siguiente (1764), visitó la emperatriz en Mitau al duque Ernesto Juan Biron, demostrándose en aquella ocasion que el verdadero soberano de Curlandia, mas que el rey de Polonia, era la emperatriz de Rusia. Esta fué recibida con grandes honores, y Biron se arrojó ante su bienhechora, le besó la mano y le dió las gracias por la honra que con su visita le dispensaba. En Riga, Catalina había tenido noticia de la rebelion de Mirowitz en Schlüsselburg, y tuvo gran deseo por regresar cuanto antes á San Petersburgo, pero no quiso renunciar á su excursion á Mitau que pareció verdaderamente una expedicion triunfal. Con gran satisfaccion describe Catalina los honores que en aquella ocasion le fueron tributados (5).

De esta manera Catalina había conseguido un triunfo, quedando en pié la cuestion de si, en este asunto, había seguido los preceptos de la justicia. Que se había dejado guiar por los principios de una política interesada, lo decía ella misma. En un documento que no estaba destinado á la publicidad, decía (6 de noviembre de 1763) entre otras cosas: «El bienestar directo de nuestro imperio exige que tengamos en aquel país vecino un duque que no esté en inmediata relacion con el rey de Polonia y que solo se encuentre obligado para con nosotros (6).»

La Curlandia era una especie de Polonia en pequeño, y en cierto modo sirvió, desde el advenimiento de Catalina al trono, de objeto de ensayo para la política exterior de Rusia: lo que allí se había conseguido sin gran esfuerzo, había de conseguirse en mayor escala en Polonia. Habiendo llegado Catalina, en Curlandia, hasta el punto de amenazar al príncipe Carlos con destronarlo y desterrarlo al interior de Rusia (7) si no abandonaba á Mitau, también podían adoptarse iguales medidas en Polonia.

La soberanía de Biron era solo un estado de transicion, el preámbulo de la anexion de la Curlandia al imperio ruso, que se verificó á fines del reinado de Catalina. La intervencion de Rusia en las cuestiones de Polonia podía también considerarse como el preludio de la anexion que se permitió llevar á cabo el imperio ruso.

(4) Ssolowieff, XXV, 303-304.

(5) Véase el ceremonial en los diarios de viajes de 1764 y 1765, página 320. Su carta á Panin (Ssolowieff, XXVI, 16) termina con estas palabras: «Os escribo esto para demostraros que los de Livonia comienzan á someterse al influjo de sus señores.» Acerca de la impopularidad de Biron en Curlandia, véase Ssolowieff, XXVI, 169.

(6) Augeberg, *Coleccion de tratados, convenios y actos diplomáticos concernientes á Polonia, 1762-1862*, pág. 3; Reimann, *La alianza ruso-prusiana de 1764*, en la Revista para la historia de Prusia, XIV, 381. Un gran número de rescriptos á Browne, respecto de esta cuestion, se encuentran en el *Siglo diez y ocho*, I, 466-480.

(7) *Siglo diez y ocho*, I, 475.

Polonia

Hay distintas opiniones acerca del origen del memorable acontecimiento de la reparticion de Polonia, y en cada una de ellas domina distinto punto de vista político.

El sentimiento nacional polaco es el grito de un pueblo decadente para el cual se trata de una cuestion de vida ó muerte; en él encontramos un objetivismo que contrasta con el subjetivismo que dominaba en los gabinetes. Todos niegan haber tomado la iniciativa en aquel hecho; todos procuran presentar la cuestion de tal manera, que parezca que cada cual fué á remolque de los demás. Los historiadores mismos no siempre han podido libertarse de cierto espíritu de partido, de cierta opinion preconcebida. El resultado de algunas obras es una acusacion que unos han dirigido contra Rusia, que otros lanzan contra la política austriaca, y otros hacen pesar sobre Federico el Grande, no faltando publicistas que con dureza suma condenan la conducta de los tres gobiernos.

Es conveniente recordar los juicios emitidos por los contemporáneos de los sucesos. Los principales escritores franceses consideraban entonces la Polonia como foco del fanatismo religioso y de la aristocracia levantisca, de la pereza y de la decadencia económica. A sus ojos, Catalina se presentaba como la representante de la tolerancia, de la civilizacion, del orden y de la justicia. Cuando Catalina invadió con sus tropas la Polonia para hacerse señora de aquel desdichado país, sucedió por vez primera en la historia (según escribe Voltaire) que apareciesen ejércitos en son de guerra para restablecer la paz y hacer felices á los hombres: nunca la historia había presentado un ejemplo tan hermoso, etc. (1).

No se trata, sin embargo, de censurar ni de alabar: la culpa no ha de medirse por la magnitud ó la serie de los hechos: el punto de partida de la moral privada no es aplicable en política, pues los grandes acontecimientos que en la política se suceden no pueden ser atribuidos á un solo hombre de Estado: la responsabilidad de los pueblos y de los gabinetes es muy distinta de la de las personas aisladas. Los hechos en la historia son el resultado de innumerables antecedentes, sin que pueda formularse un proceso criminal sobre su origen, pues á nadie es dado llevar á todo un pueblo ante los tribunales. El movimiento político que se va desenvolviendo por espacio de décadas ó de siglos no es, vulgarmente hablando, punible; pueden hacerse esfuerzos para oponerse á él; pueden producir quejas, pero el historiador como tal no puede condenarlo en absoluto.

De aquí que nosotros, al preguntarnos quién consintió la reparticion de Polonia, quién la hizo inevitable, solo recordaremos aquellos hechos desde mucho tiempo conocidos y narrados. No era la Polonia un Estado, en el sentido de los demás de aquel tiempo, ni un pueblo ó una nacion en la acepcion propia de la palabra. Por un lado las instituciones de aquellos que, sin serlo, se tenían por pueblos, y por otro, los resortes diplomáticos empleados en este drama que la Europa admiraba y rechazaba, deben ser objeto de igual atencion. La Edad media había sido declarada permanente en Polonia; aquel reino era la tierra clásica de los anacronismos; allí una casta quería pasar por nacion; el rey, según expresion propia, era un rey «en pintura;» el poder del Estado era comparable con «un timon pintado» en un buque, y todo esto había originado una larga serie de actos de violencia por parte de los pueblos vecinos.

Solo algunas reformas hechas á tiempo hubieran podido

(1) Véanse las observaciones de Hillebrand en la obra citada, en el *Panorama alemán*.

salvar la Polonia; pero cuando se pensó en ellas era ya demasiado tarde, pues no solo se oponían á su ejecucion las potencias extranjeras, sino también la falta de sentido político de una mal llamada nacion que no concedía iniciativa alguna á su monarca.

Sabida es la influencia que en la cuestion de Polonia tuvo la cuestion religiosa, en la cual la nacion había tenido, por mucho tiempo, la iniciativa en el terreno de la propaganda. Del propio modo que la España al Occidente, la Polonia había trabajado mucho en el Oriente de Europa en pro del catolicismo. Así como Felipe II quiso convertir á la Inglaterra, Segismundo III se propuso convertir á la Suecia, y así como el primero sostenía un partido en Francia, el segundo lo sostenía en Moscou. Pero el principio de la intolerancia debía costar caro á Polonia; pues Rusia y Prusia, no contentas con defender sus propios territorios, invadieron la Polonia para proteger los derechos de sus correligionarios. La reparticion propiamente dicha de Polonia comenzó en el siglo xvii cuando los afiliados á la religion cismática griega se arrojaron en brazos de los rusos. Entonces Polonia perdió la Pequeña Rusia, y un siglo despues, la cuestion de los disidentes motivó la intervencion de Rusia y Prusia, á la cual siguió la crisis del año 1772.

Generalmente se acostumbra á considerar la desmembracion de Polonia como un hecho de violencia inaudito: violento fué realmente, pero inaudito no; pues la historia está plagada de ejemplos de proyectos de reparticion, muchos de los cuales llegaron á ser verdaderas realidades. Aquel modo revolucionario de hacer política por medio de la anexion de 1772, no era cosa nueva, pues la historia de los Estados europeos abunda en tales ejemplos. Esta política, además de no ser nueva para Europa, no lo era tampoco respecto de Polonia.

Recordemos algunos hechos.

A principios del siglo xviii, se trató de una desmembracion de los territorios austriacos, y con este objeto se entablaron negociaciones entre Augusto II y la Francia: Bohemia, Moravia y Silesia habían de ser anexionadas á Sajonia, como lo había ya sido la Lusacia. El elector de Sajonia, emancipado del poder imperial, hubiera podido desempeñar en Alemania un papel importantísimo. En la guerra de sucesion del Austria, se partía de igual punto de vista: la pérdida de la Silesia era para aquella una especie de desmembracion, como lo fué para Polonia lo acontecido en 1772.

A principios del siglo xvii el Estado de Moscou había estado en peligro de ser desmembrado, pues Suecia y Polonia quisieron atacarlo: despues se trocaron los papeles; la situacion había cambiado, aunque los principios eran los mismos. Patkul proyectó una reparticion de los territorios de Carlos XII. ¡Cuántas veces la España de Carlos II estuvo expuesta á una desmembracion que estaba en el ánimo de Francia, Austria é Inglaterra! A la misma clase pertenecía el plan concebido por el Austria en 1743, de conquistar la Baviera é indemnizar al emperador elector Carlos VII con la Alsacia, la Lorena y el Franco Condado unidos en un solo reino. Cuando, durante la guerra de siete años, Federico el Grande se encontró en una situacion apuradísima, pensaron también sus adversarios en repartirse la Prusia.

La política de reparticion puede ser considerada como epidémica en Europa: la desmembracion de Polonia era un mal crónico. Antes de que Polonia sucumbiera había sufrido, por espacio de siglos, una enfermedad gravísima de esta especie.

Ya en el siglo xiv se había presentado una proposicion para repartir la Polonia entre la orden teutónica y los duques y príncipes de Görlitz, Austria, Moravia y Hungría. A fines